

Argentina: los avatares de un sujeto casi inexistente

Democracia ilusoria y reproducción del sistema

Jorge Beinstein

En Argentina se vota muy seguido lo que ha terminado por imponer una imagen de democracia reforzada por la existencia de redes sociales, encuestas de opinión, elecciones sindicales y universitarias, asociaciones no gubernamentales y otras “expresiones” de la sociedad civil. Las proscipciones electorales pertenecen a un muy lejano pasado cuando el peronismo era visto como “*el hecho maldito del país burgués*” según nos lo explicaba John William Cooke para pasar a ser ahora una pieza clave de la gobernabilidad del sistema.

Todo ese universo que se presenta como la demostración de que se trata de un país libre viene cumpliendo un rol decisivo en la reproducción de un régimen que al finalizar la dictadura militar en 1983 encontró en la “*legitimación democrática*” un remplazo estabilizador a la violencia explícita de las Fuerzas Armadas. Pero cuando pasamos de la imagen a la realidad la “*democracia recuperada*” se disuelve velozmente dejando al descubierto reducidos espacios de poder que manipulan estratégicamente a la sociedad sin que ninguna fuerza popular los controle, acomodándose a los juegos globales de las grandes potencias y sus exigencias coloniales.

El largo plazo (parasitismo y desarticulación social).

El telón de fondo de la farsa está conformado por un conjunto de fenómenos interrelacionados que remodelaron a la sociedad argentina. Los procesos de desindustrialización y concentración de ingresos iniciado hacia 1955 y acelerado desde 1976 generó una masa muy extendida de marginales y semimarginales, de pobres e indigentes sin integración económica estable que se expandía al mismo tiempo que las clases altas acumulaban riquezas donde la especulación financiera y los negocios parasitarios en general ocupaban el lugar central. Esas élites enlazan su dinámica con los polos dominantes completamente financierizados del capitalismo global, los lobos de Wall Street son hoy los paradigmas amorales de nuestra lumpenburguesía integralmente sumergida en una subcultura decadente regida por el comportamiento depredador.

Desde aquella remota “*revolución libertadora*” de 1955 que instauró una dictadura militar bajo la bandera de la restauración de la democracia y la “*democracia sin proscipciones*” de la actualidad existe un hilo conductor, una continuidad histórica profunda que atraviesa las transformaciones del sistema. Esta afirmación aparece como demasiado dura, como una extrapolación caprichosa, sin embargo se va haciendo razonable cuando comparamos a la proscipción electoral explícita de la era gorila con las formas implícitas pero increíblemente eficaces de negación real de la soberanía popular de la actualidad. En aquellos años el pueblo peronista se sentía brutalmente apartado de las estructuras de poder, ahora la masa sumergida o las capas más económicamente integradas de la base social se sienten impotentes ante poderes que les sonríen, las adulan, las manipulan y las esquilman mientras deciden entre ellos los temas importantes. La claridad de la prohibición abierta se ha convertido en una situación confusa, en un mundo de apariencias.

El poder (interdependencias y contradicciones)

En Argentina la legitimidad democrática del poder se va esfumando a medida que recorremos sus cuatro espacios principales.

El **poder político** está conformado por un conjunto heterogéneo de dirigentes del estado elegidos por el voto popular (diputados, presidentes, intendentes, legisladores locales, etc.), suele decirse que el pueblo elige pero no gobierna, en realidad tampoco tiene

mucha libertad para elegir. En términos prácticos está obligado a decidir entre candidatos viables con chances reales de imponerse que ni siquiera necesitan seducir a estructuras políticas extendidas con sus afiliados, caudillos locales y corrientes internas o a los aparatos sindicales. Su viabilidad depende de su capacidad de marketing, del favoritismo del poder mediático, de la voluntad de ciertos jefes del aparato estatal y sobre todo de la disponibilidad de fondos de campaña rapiñados al estado u otorgados por los grandes grupos económicos. Esta “democracia” nos deja incluso la posibilidad de dejar en paz nuestras conciencias y votar por candidatos testimoniales cuya posibilidad de triunfo es nula. Se trata en síntesis de un grupo de poder que en parte se autoelige y en parte es elegido por otros grupos de poder que establecen condicionamientos, bloqueos, correcciones, reprimendas dictadas por las dinámicas de sus componentes que no imponen una racionalidad general, una reproducción durable del sistema sino la preservación de privilegios, impunidades o la obtención de ventajas económicas.

Pasamos luego a las **mafias judiciales**, zona opaca con miembros elegidos de manera indirecta a través de algunas instancias del poder político aunque sabemos bien que se trata en su mayor parte de la autoelección a través de juegos de intrigas internas y a veces en combinación con los círculos políticos implicados en las designaciones y en ciertos casos bajo presión mediática.

Por su parte el **poder mediático** no necesita recurrir a la legitimidad electoral, se trata de aparatos consagrados a la manipulación de la población, el multimedio *Clarín* es el paradigma, sus estrechas vinculaciones con mafias judiciales y empresarias y sus tenebrosos lazos con diversas dictaduras militares, su relación colonial con estructuras de poder de los Estados Unidos le permiten operar con total impunidad.

Finalmente el **poder económico** incluye a los grandes grupos de negocios con base local como Techint o Arcor o externa como FIAT o el Citibank pero sobre todo a las redes financieras navegando en el turbulento mar de operaciones legales, semilegales e ilegales orientando al conjunto del tejido empresario dominante a su vez apéndice de la trama financiera global.

Por debajo quedan factores de poder viejos y decadentes como la Iglesia católica, camarillas emergentes como el lobby sionista o la gangsterocracia sindical y por supuesto las Fuerzas Armadas.

Es esa constelación elitista la que somete a la sociedad argentina, el voto popular es para ellos un adorno que hace presentable la imagen del Poder o que es utilizado como instrumento en sus disputas internas.

El futuro

Pero lo que aparece como un sistema diabólico de degradación generalizada capaz de manipular a todas las oposiciones es en realidad una masa de bandidos prisionera de una dinámica que la va llevando de crisis en crisis. La marea menemista de los años 1990 terminó en el caos de 2001 y desde un fragmento del poder político fue restablecida la gobernabilidad aprovechando una coyuntura internacional favorable (suba de los precios de la commodities) apartándose de las recetas neoliberales ampliando el mercado interno de clases medias y bajas y reforzando la intervención económica del estado. El sistema fue reequilibrado, suavemente corregido y volvió a funcionar lo que a poco de andar reprodujo las tendencias entrópicas que habían generado el desastre anterior, las elites vienen presionando con cada vez mayor furia intentando concentrar ingresos y arrastrando a amplios sectores de las capas medias embriagadas en una prosperidad efímera, enceguecidas por su odio a los pobres. Acorralan al progresismo gobernante, lo acosan con sus instrumentos financieros, mediáticos y judiciales, desprecian sus correctivos neokeynesianos y le ofrecen dos alternativas: ceder a sus exigencias económicas (como ya ha ocurrido en Brasil) o ser barridos del poder político (como tal vez termine por ocurrir en Brasil). Los progresistas resisten, se quejan de la irracionalidad de quienes “*nunca han ganado tanto como ahora*” sin entender la lógica

profunda, cortoplacista rapiñera de la lumpenburguesía dominante. Cuando se produjo el derrumbe de 2001 (culminación de un deterioro sistémico que atravesó todo el gobierno de la Alianza) quedó al desnudo el carácter mentiroso de la “democracia recuperada” y se produjo una avalancha popular rugiendo “*que se vayan todos*”, pero la marea fue finalmente canalizada y evacuada y el capitalismo volvió a funcionar en buena medida en contra de las ideas de importantes grupos de poder aferrados a sus rutinas depredadoras. Ahora que el crecimiento económico se aplana, las clases dirigentes buscan seguir con su ritmo de enriquecimiento e incluso aumentarlo exigiendo una porción sustancialmente mayor de la torta lo que de producirse instalaría una dinámica de concentración de ingresos, endeudamiento público, ajuste fiscal, empobrecimiento y marginalización que tarde o temprano llevaría a una crisis de gobernabilidad probablemente muy superior de la de 2001. Los grupos de poder más extremistas y sus padrinos de Washington creen que en ese caso podría evitarse la avalancha popular mediante la mexicanización preventiva del país, la ideología de la Guerra de Cuarta Generación aparece con la sucesora de las teorizaciones justificadoras de las democracias controladas sucesoras a su vez de la doctrina de la seguridad nacional. Pero entre la teoría y la realidad existe un enorme espacio plagado de incertidumbres, lo único seguro es que el fin de los equilibrios actuales introduciría a la sociedad argentina en una *terra incognita* donde la rebelión popular protagoniza uno de los escenarios posibles, donde la democracia de los de abajo podría emerger alentada por la crisis de gobernabilidad. El pueblo como sujeto se haría presente, volvería a existir, gracias a la declinación de sus opresores así como estos se reproducen gracias a la cosificación del pueblo.